

mas no tuvo amotinamiento, como el Lutero; ni lo predicó tanto, ni llegó a sí tanta gente. Fué su amotinamiento y ponzoña contra el Papa. Decía que no hay Papa, y que todos los Obispos son iguales al Papa; no ha habido hereje que tanto hincapié pusiese sobre esto como aquél. Dijo que tenía por guerra más aceptata a Dios pelear para que no hubiese Papa, que no contra turcos. Mirad qué amotinamiento tan grande, tan diabólico. Y no se contentó siendo vivo con predicar esto, mas hizo el rótulo que después de muerto le pusieron en su sepultura, y fué éste: *Sive vivens, sive moriens, ero mors tua, o Papa* (7). Lo que Dios dijo: *Ero mors tua*, dijo él: «Ora sea viviendo, ora sea muriendo, yo seré tu muerte, Papa.» No ha habido hereje igual a éste en ser contra el Papa. Y San Pablo: *Que antes que venga el juicio, habrá amotinamiento*; este hereje lo ha tenido bravísimo. Tengo esto por grandísima señal que vendrá presto el fin, y sospecho ser este el mensajero del anticristo; y fúndome en esto que he dicho de San Pablo. San Vicente predicó que venía el anticristo y que su oficio de predicar fué para avisar que venía. Juntas estas conjeturas y otras que yo sé, sospecho que ha de venir muy presto el anticristo.

Lo que sacaremos de aquí es que nos aparejemos. Por San Lucas (21, 36) dice nuestro Señor lo que acontecerá antes de que el fin venga, y avísanos diciendo: *Vigilate itaque omni tempore orantes, ut digni habeamini fugere ista omnia, quae ventura sunt, et stare ante Filium hominis*. Ezequiel dice: *Que nunca la gente cree lo que Dios amenaza.* El cual nos ha dicho: *Velad en todo tiempo orando y pidiendo a Dios que seáis tales, que podáis huir todas aquellas cosas y permanecer delante de Él en su fe y servicio. Amén.*

V. 19.

Ex nobis prodierunt, sed non erant ex nobis; nam si fuissent ex nobis, permassissent utique nobiscum. Sed ut manifesti sint, quia non sunt utique ex nobis.— Declara ahora San Juan lo que dijo atrás: *Que muchos anticristos había entonces; y éstos—dice—salieron de nosotros; mas, aunque estaban con nosotros,*

(7) *Pestis eram vivus: moriens ero mors tua, Papa.*

no eran de nosotros; porque si fueran de nosotros, si tuvieran nuestro corazón y costumbre, no se salieran de nosotros. Mas aunque de fuera eran cristianos, no lo eran de dentro. Como un fraile que se sale de la Orden, que tenía hábito de fraile, mas no el corazón. Estos eran cristianos, que se partieron de la Iglesia, dejándola, y siguieron los errores. A éstos llama San Juan *anticristos*, y dice que hay muchos. Permitió Dios esto, para que se vea claro que no son todos los que parecen de nuestro bando; y así dice San Pablo (1 Cor., 11, 19): *Nam et oportet et haereses esse, ut et qui probati sunt manifesti fiant ex vobis.* Porque allí resplandece la bondad del bueno, donde está el malo, y por eso permitió Dios la maldad del malo, para que el bueno sea en más tenido. Dice San Agustín: «No dejara la bondad suma de Dios pasar la crueldad de los hombres, si no fuera para sacar de allí bienes.» Malísima cosa era la crueldad de Nerón, mas grande el premio de los mártires que éste hizo. Quitadme la crueldad de los tiranos, y no hubiera la hermosura de los mártires que hay en la Iglesia. Permite Dios que los que están en la Iglesia se salgan para bien de los que quedan, y que sea manifiesto que *no son de nosotros.*

V. 20.

Sed vos unctionem habetis a sancto, et nostis omnia.—Aunque éstos se han salido y negado la bondad, vosotros no así, porque tenéis la unción del santo acá dentro, y con esa unción sabéis todas las cosas. No os habéis turbado, ni habéis ido tras la mentira que os enseñan los herejes que se apartaron de nosotros; porque tenéis acá dentro la unción del santo, que tiene más fuerza que la maldad de todos esotros malos. ¿Quién es ese santo? Podemos entender que es Cristo: *Christus* dice en lo griego; *Messia* en lo hebraico. Dice el ángel Gabriel al Profeta Daniel (9, 24): *Et ungetur Sanctus Sanctorum.* Y podemos entender el Espíritu Santo, que es lo mismo; haced cuenta que todo es uno. Dice, pues: «Aunque haya muchos engañados, no lo sois vosotros, porque sois ungidos por el Espíritu Santo.» Esto es un *¿Qué es así cosa?* que no lo sabe sino el que lo recibe. Y es una cosa muy poderosa, que sabiéndola, sabréis todas las cosas que os cum-

plen para salvaros. Así lo habéis de entender, que es la ciencia más alta de las ciencias.

V. 21.

Non scripsi vobis quasi ignorantibus veritatem, sed quasi scientibus eam; quoniam omne mendacium ex veritate non est. No os escribí como a ignorantes de la verdad, sino como a conocedores de ella; porque la mentira no nace de la verdad. Habría sabios y no sabios.

V. 22.

Quis est mendax, nisi is, qui negat, quoniam Jesus non est Christus? Eso no lo aprendieron de nosotros; que no lo enseñamos eso, que es mentira. ¿Quién es mentiroso, sino aquel que niega que Jesús no es Cristo? Es tan grande mentira ésta, que en su comparación no se llaman las otras mentiras. Decís acá, cuando tenéis delante un gran tañedor: «Estando aquí Fulano, no digáis que hay otros tañedores.» No se ha de llamar otro mentiroso, sino aquel que dice que Jesús no es el Cristo. Porque este tal, en una palabra lo niega todo; niégalo todo y miéntelo todo, porque negando que Jesús no es Mesías, niega todo lo que hizo y predicó. Niega que no somos obligados a creerle, y por eso es contrario a Cristo.

Hic es antichristus qui negat Patrem et Filium. Anticristo es quien niega al Padre y al Hijo. Aquí se podrían fundar diciendo que el anticristo no es persona particular. El que tal dice, ninguna razón lleva ni camino. Porque así como de decir que hay muchos cristos no se sigue que deje de haber uno, que es el mayor de todos, Cabeza y amparo de todos ellos, así de los cristos Jesucristo es ungido por Cabeza, y propiamente este es el nombre de nuestro Señor. Mas también llamamos a los sacerdotes ungidos: *Nolite tangere christos meos.* Y también los reyes se llaman ungidos, porque a los Emperadores y reyes de Francia los ungen. Y todos los cristianos somos ungidos, porque en el Bautismo nos ungen con el óleo santo; aquella unción que de fuera hacen. es señal de lo que interiormente haya. El Lutero dijo que todo cristiano podía actualmente ofrecer sacrificio como sacerdote;

herejía es. Cristo fué sacerdote y sacrificio; Él fué el que ofreció y lo que ofreció, fué—como dice San Pablo (*Hebr.*, 9, 14)—que así como Abel ofreció a Dios corderos de su manada y pareció bien a Dios aquei sacrificio, así Cristo se ofreció a sí, Cordero sin man-cilla, y agradó a su Padre. Y así dijo Dios a San Pe-dro (*Jn.*, 21, 15): Pedro, *apacienta mis corderos*, por nosotros. Estos ofrece Él ante el acatamiento de su Padre, que son los buenos cristianos, como corderos mansos, y sencillos y pacientes. ¡Qué debemos a Cris-to, que siendo Hijo de Dios, nos dió poder para que tuviésemos parte en este bien, de ser hijo de Dios! ¿Quién nos dió por Padre al Padre de Jesucristo? El mismo Jesucristo, el Hijo natural, nos hizo a nosotros hijos de Dios adoptivos. Él nos dió este bien, y así nos dijo (*Jn.*, 16, 27): *Ipse pater amat vos*. San Pa-blo (*Efes.*, 1, 5): *Qui praeordinavit vos in adoptionem filiorum per Jesum Christum in ipsum secundum propositum voluntatis suae, in laudem gloriae gratiae suae, in qua gratificavit nos in dilecto Filio suo*. Hízonos Dios agradables en su Hijo muy amado. El Hijo, agrada al Padre en sí, y nosotros agradamos al Padre en Él. Y por eso dice San Pablo (*Rom.*, 8, 17) que hemos de ser *cohaeredes Christi*.

Quiso Jesucristo dar parte a los sacerdotes para que exteriormente pudiesen ofrecer sacrificio, y a los cris-tianos hízolos sacerdotes en el espíritu. ¿Qué queréis decir? Que como un sacerdote ordenado por la Iglesia puede ofrecer sacrificio a Dios en este altar, así todo cristiano tiene poder para en el altar de su corazón sacrificar a Dios. En vuestro corazón ofrecéis a Dios una oración, una limosna y otra buena obra, y paré-cele a Dios bien. ¿Paréceos que es poquito bien éste que Cristo nuestro Redentor os hizo, que tengáis de-recho para ofrecer a Dios en vuestro corazón y que le parezca a Dios bien? Ese poder os dió, para que así como los sacerdotes en la Ley vieja ofrecían a Dios animales, vos, en vuestro corazón, le ofrezcáis y matéis también animales. Matad aquel animal que es la so-berbia, matad la carnalidad y todos los demás vicios, y tened por cierto, que en ello agradáis a Dios. Y por esto nos llamamos ungidos por reyes y sacerdotes. Re-yes, para matar los pecados; [sacerdotes], para agrada-r a Dios, sacrificándolos. Mas por esto no se sigue que no haya un ungido principal sobre todos; al cual, quien más se llegare, más le cabrá de la unción, más

bueno y santo será. San Pablo dice que *entonces será revelada la venida de aquel malo*. Esto de un hombre particular se dice. Y San Juan aquí: *¿Quién es mentiroso, sino aquel que niega que Jesús es ungido? Este es anticristo*. Estotros por acá, que niegan eso, serán anticristos, mas participantes de éste, y éste es: *Qui negat Patrem et Filium*.

V. 23.

Omnis qui negat Filium, nec Patrem habet. Quien niega al Hijo, por fuerza ha de negar al Padre. Bien puedo yo confesar que uno es hombre, y puedo negar que no es padre; mas el que confesare que Dios es Dios y que no tiene Hijo, niega al mismo Padre, porque no puede ser sin Hijo. Quien confiesa al Hijo, confiesa al Padre.

V. 24-27.

Vos quod audistis ab initio, in vobis permaneat. Que permanezca en vosotros lo que aprendisteis desde el principio. Que aunque veáis malos ejemplos de otros, no os apartéis de lo que habéis oído de nosotros.

Si in vobis permanserit quod audistis ab initio, et vos in Filio et Patre manebitis. Et haec est repromissio, quam ipse pollicitus est nobis, vitam aeternam, Haec scripsi vobis de his qui seducunt vos. Et vos unctionem, quam habuistis ab eo, maneat in vobis. Et non necesse habetis, ut aliquis doceat vos; sed sicut unctio ejus docet vos de omnibus; et verum est, et non est mendacium. Porque permaneciendo en vosotros lo que desde el principio oísteis, permaneceréis en el Padre y en el Hijo. Y esta es la promesa que nos hizo, la vida eterna. Tales cosas os escribí yo de los que os seducen. Y conservad la unción que hubisteis de Él; sin necesidad de que otro os enseñe; sino que la unción os enseñará toda la verdad, y no la mentira. Vosotros tenéis unción, permaneced en ella, que no seréis engañados. Gran promesa. *Et sicut docuit vos, manete in eo*. ¿Qué es esta cosa tan bienaventurada que nos promete San Juan, que se llama *unción*? Esta es la gracia del Espíritu Santo; ésta, verdad de Dios; ésta, sabiduría de Dios. Esto es lo que Dios infunde a uno. ¿Qué tiene que ver eso con un-

ción? Esto no es emplasto; como la pecadora ungió los pies del Señor en una unción como agua odorífera. David (Ps. 44): *Unxit te Deus tuus oleo laetitiae*. Llámase la gracia de Dios unción, porque obra el efecto que hace la unción en el cuerpo. La unción ablanda lo que está duro. ¿Puede haber cosa más tiesa que un corazón sin gracia? Amase un hombre a sí mismo, está seco y encogido; viene la gracia, y ablándalo; como un cuero, que estaba seco, y con la unción, se ablanda. Decís a un hombre sin gracia: «Mirad que manda Dios esto.» Responde: «¿Qué se me da a mí?» Viene la gracia de Dios, y ablanda aquella dureza de corazón, y queda más sujeto a Dios que una poca de cera blanda está sujeta al sello.

Llámase también unción por el olor que tiene la unción; y también porque en la unción se sustenta la lumbre; que si no hay aceite, apágase el candil y quedáis a obscuras. Esa unción que tenéis en vuestra alma, Dios os la guarde, que da buen olor a vuestras obras, y os da lumbre para vuestra vida. Si ésa permanece, ésa os enseñará todas las cosas. Es una lumbre que va adelante en el camino de Dios. ¿Os acordáis de los hijos de Israel que les dió Dios una lumbre de noche que fuese delante de ellos, y de día una nube que los defendiese del calor del sol? Y dice Isaías (4, 5): *Creavit Dominus super locum montis Sion (et ubi invocatus est) nubem per diem et splendorem ignis flammantis in nocte*. No penséis que aquella lumbre que Dios dió a los hijos de Israel de noche, y la nube de día, se acabó allí. Porque *cría el Señor, sobre todo lugar del monte Sión (y donde es invocada, dondequiera que Dios fuere llamado, criará), una nube para el día y una lumbre de fuego que resplandezca de noche*. Dice Isaías: Aquello pasado que Dios usó con los hijos de Israel, *Dios lo renovará en el monte de Sión*. Allí vino el Espíritu Santo sobre los Apóstoles. El venir lumbre de noche y nube de día es apartarse de pecar y seguir a Cristo. San Pablo: *Discedant ab iniquitate omnes, qui invocat nomen Domini*. Aquel llama a Dios, que aborrece los pecados. David (Ps. 120, 6): *Per diem sol non uret te, neque luna per noctem*. Defiéndenos Él, como dice el mismo Profeta: *A sagitta volante in die, a negotio perambulante in tenebris, ab incursu et daemonio meridiano*. La saeta que vuela de día, el día de la prosperidad es, el día de la carne y de las codicias del mundo; aquel es, del

cual dice Jeremías (17, 16): *Diem hominis non concupivi, Domine, tu scis*. Día de placer, día de descanso, día de rosas de acá, *día de hombre*. En este día vuela la saeta, que son los pecados.

El sol no te quemará por el día. ¿Qué sol es éste? Las tentaciones que andan por el día, que es este mundo. Pues no le temas, que *te pondrá Dios una nube* en medio del calor del sol, que es en medio de las tentaciones, para que no nos den pena y nos derruequen, que es la gracia; esa es la nube que pone Dios en tu ánima para el sol. ¿Tenéis tentaciones de carne, de mundo? Daos Dios la gracia del Espíritu Santo, para que su templanza refresque vuestra ánima, y que el calor de las tentaciones no la pueda quemar. Y para de noche: *Splendorem ignis flammantis in nocte*. Noche es la ignorancia; cuando no sé qué tengo de hacer para agradar a Dios, eso es noche. Prométenos el Señor, para que esta noche no nos sorprenda, una lumbre. De manera que los que quisieren salir de Egipto, del cautiverio de Faraón, no se escandalicen entre tantas dudas; que lumbre hay, para que podáis distinguir bueno de malo, y falso de verdadero. Esa es la lumbre de la cual dice el Sabio (*Sab.*, 7, 28): *Neminem diligit Deus, nisi eum, qui cum sapientia inhabitat*. Quien está en gracia, tiene esta lumbre; que faltando ésta, ni aprovecha ingenio ni sabiduría. Esta sabiduría tiene el niño bautizado. Ninguno ama a Dios, sino aquel en quien mora la sabiduría, dijo el Sabio.

—¿Por qué no decís sabio al que tiene muchas letras, aunque no tenga gracia?

—Porque en la cosa que más importa, es necio. Es menester lumbre de Dios para saber la verdad y tener fe católica y hacer lo que Dios os manda. Esta es lumbre que da Dios *de noche* a quien le invoca. Y por esto pecan muchos, por no tener cuenta con esta lumbre, que piensan que se pueden valer sin ella. Dice el otro: Yo sé lo que me cumple. Cata que os digo que si esa lumbre falta, tdo esotro no vale un caracol. Dice la Sabiduría (9, 6): *Si quis fuerit consummatus inter filios hominum, si ab illo abfuerit sapientia tua, in nihilum computabitur*. Aunque uno sea consumado entre los hijos de los hombres, si no tuviere, Señor, tu sabiduría, por nada será tenido.

¿Qué me aprovecha leer buenos libros, si no tengo el espíritu con que se hizo el libro? San Bernardo y Santo Tomás dicen que para entender un libro es

menester el espíritu con que se hizo el libro. Toda escritura ha de ser leída con la sapiencia que fué hecha. Un hombre carnal, ¿cómo entenderá a San Pablo? Acá, para un hombre entender a otro hombre, es menester entenderle el corazón. Y así en leer. Dice San Gregorio: *In vanum laborat lingua doctoris, nisi Deus scripserit in corde*. No aprovecha nada mi hablar, si Dios no escribe en vuestros corazones mis palabras. Y por esto, quien no tiene cuenta con esta lumbre de Dios, no tiene gana de entender a Dios; con la boca dice que sí, *factis autem negat*, dice San Pablo.

¿Quién no procura alcanzar esta lumbre? Los que viven, como dice el mismo Apóstol (*Efes.*, 2, 12): *Tantumquam sine Deo in hoc mundo*. Hay gente que vive tan descuidada de Dios, como si no hubiese Dios. Esta sabiduría de Dios, para alcanzarse, quiere ser deseada, rogada e importunada; y quiere Dios que el que la ha de recibir, que limpie su casa, que escrito está (*Sab.*, 1, 4): *In malevolam animam non introibit sapientia*. En alma perversa no entrará la sabiduría. Si yo sé que para que venga el rey a mi casa es menester tenerla barrida y limpia, y que si la tengo sucia no vendrá, aunque con la lengua no digo que no lo quiero recibir en mi casa, con la obra claramente se la niego; y aunque diga que sí, no me lo creerán. Salomón, en la Sabiduría (7, 7), dice: *Optavi, et datus est mihi sensus; et invocavi, et venit in me spiritus sapientiae et intellectus; et praeposui illam regnis et sedibus et divitiis multis; et divitias nihil esse duxi in comparatione illius*. Yo deseé y me fué dado sentido; clamé y vino a mí el espíritu de sabiduría y entendimiento, y la preferí a muchos reinos, sedas y riquezas, las cuales tuve yo por nada en comparación de aquélla.

Yo deseé; veis ahí el aposentador que va delarte, el deseo de Dios. «Señor, dadme esta lumbre que me guíe, enseñadme a hacer vuestra voluntad.» El deseo es gran parte para alcanzar la gracia de Dios. porque muchas veces se inclina Dios a hacer nuestros deseos (*Ps.*, 10, 17). *Desiderium pauperum exaudivit Dominus, praeparationem cordis ejus audivit auris tua*. El deseo de los pobres escuchó el Señor como también la preparación de su corazón. ¿Quién es el pobre? El que no se consuela con cosa del mundo; éste da gemidos a Dios y óyelos Él, porque *el aparejo de su corazón oye Dios*. Esta es la primera

condición para alcanzar la gracia de Dios, deseo de ella.

Y fuéme dado sentido. Todo es uno; que para sentir conforme a lo que Dios quiere, no se hace sin instinto de la gracia de Dios

No se contentó el sabio con eso; dice más: *Invocavi. Y vino a mí el espíritu de la sabiduría.* Y después que lo tuviste, ¿qué hicistes de él? *Túvelo en más que los reinos y las sillas, y las riquezas dije que no eran nada en su comparación: ni lo comparé a la piedra preciosa, porque todo el oro en su comparación es arena menuda; y la plata delante de ella es como lodo.* Esta gracia es una lumbre que nunca se apaga; guardaos, no la apaguéis vos, que ella de sí no hay miedo que os falte. Escóndese algunas veces; mas no se pierde, que allí se está. No la perdáis ni por hacienda, ni por oro, ni plata, ni por tierra, ni por cielo; porque más vale sin comparación que todo eso, porque es imagen de la bondad de Dios, participación de Dios. Tanto está en nosotros Dios, cuanto esta sabiduría. Llámase gracia de Dios y luz suya, sabiduría y su instinto. Hemos de tener muy gran cuenta con guardarla muy bien, y para esto habemos de aborrecer los pecados. Y si esta lumbre nos enseña, no hemos menester maestro.

—¿No nos hemos menester unos a otros?

—Sí; que aunque esta lumbre nos enseñe interiormente, hemos menester quien nos avise fuera de los peligros en que podemos caer; mas ella nos enseña si el aviso es falso o verdadero. Porque en la mar hay unos lugares donde se hunden las naves, y si en estos peligros no sois avisados, hundiros habéis.

De esto que aquí dice San Juan: *No tenéis necesidad que ninguno os enseñe; mas de que la gracia de Dios os enseña todas las cosas,* tomaron ocasión unos devotos necios a decir: «Yo tengo la gracia de Dios no tengo necesidad de ser mostrado por hombre.» Estos hacen burla de las letras y del aprender, diciendo: «Yo tengo lumbre que me enseñe, no he menester maestro.» Tomaron de aquí achaque para decir mal de las letras y no aprenderlas. ¡Grandísimo engaño! No sé cuál es mayor engaño: el de éstos o el que estriba en las letras y en sus libros, y no hacen caso de esta lumbre y gracia de Dios. Dice el devoto necio: «No he menester a nadie que me enseñe.» Poquito a poco, vendréis a ser hereje. ¿Qué

hace a uno ser hereje? Creer una cosa con pertinacia, y no querer ser corregido en ella. Dice Agustino: «Yo bien podré errar, mas no seré hereje.» Sí, que San Agustín y San Cipriano cosas tuvieron que eran errores, mas sujetáronse a la determinación de la Iglesia y a la corrección de ella. La pertinacia en el hombre lo hace hereje. El que dice: «Yo tengo esto, y aunque me digan otra cosa contra esto, no lo creeré», mal camino lleva. El hereje se hace de presunción que entiende todas las cosas, y toma aquella autoridad de San Pablo (1 Cor., 2, 15): *Spiritualis homo judicat omnia, et ipse a nemine judicatur*. Dice: «No hay otro tan espiritual como yo. ¿Quién hay que me muestre (8) a mí? He aquí Goliath (1 Reg., 17) el gigante, que dice al pueblo de Dios: «¿Hay alguno que salga a hacer armas conmigo?» Decíalo con menosprecio; y mirad en lo que paró: que un pastorcito, David, le cortó la cabeza con sus propias armas. Dice San Bernardo: «Tú que piensas, en tu casa luce el sol, y en las otras hay nublados, no hagas así; antes quiero que hagas al contrario.» Aquel que dice: «Yo sé más que todos, uno por uno venga quien quisiere», tenedlo por hereje o que está cerca de ello. El Lutero decía: *Docere me quis potest?* Por ahí van allá. La gente, confiada por esta lumbre, y que tiene descuido en oír libros y oír sermones y en no querer ser enseñados, tened por cierto que va errada.

Dice San Agustín sobre esto de San Juan: «Huyamos de tales pensamientos, de creer que nosotros somos bastante para salvarnos; porque son superbísimos y periculosísimos. Y aprendamos que cuando Dios convirtió a San Pablo, le preguntó este santo Apóstol: *Domine, quid me vis facere?* Señor, ¿qué quieres que yo haga? Y no le enseñó nuestro Señor por Sí, sino díjole: *Anda, ve a la ciudad, a Ananías, que él te lo dirá.* «¿Cómo, Señor? ¿Está hablando San Pablo con Vcs y pidiendo que le digáis qué ha de hacer y qué mandáis Vos que haga; y enviáislo a los hombres que lo enseñen?» «Es menester para enseñamiento de los hombres», dice San Agustín. ¿No habéis oído que honra Dios su templo? *Vos templum Dei estis* (1 Cor., 3, 16). Honra Dios a un templo suyo, hablando por él a otro, y quiere que uno enseñe a otro para

(8) *Me muestre: me enseñe.*

que los hombres se humillen. Donde San Vicente (9) dice: «Si no tienes maestro, pierde cuidado, que por el mismo hecho Dios no te enseñará.» Avisó Dios a los hombres de este engaño; iba el eunuco privado de la Reina de Candaces, en su carro, leyendo a Isaías. Dijo el espíritu a Felipe: *Ve por tal camino, y sal al encuentro a aquel eunuco.* Fué Felipe y díjole (Act., 8, 30): *Putasne, intelligis quod legis?* ¿Crees tú entender lo que vas leyendo? Responde el eunuco: *¿Cómo lo puedo entender, si alguno no me enseña?* Bien pudiera Dios enseñar por Sí a este eunuco; mas no quiso, sino que Felipe le fuese a enseñar. ¿Quién fué a enseñar a Cornelio? San Pedro. La Sagrada Escritura está llena de estos avisos y ejemplos.

Esta ciencia y lumbre, que Dios da, buenas cosas enseña inmediatamente a vos mismo, y otras cosas os enseña enseñándoos que vayáis a otros a pedir consejo y que lo toméis y que lo sigáis. Todo proviene del don de Dios, así lo que enseña por sí mismo, como lo que enseña por otros, enseñándonos que lo busquemos y tomemos; y por esto es verdad que todas las cosas nos enseña esta lumbre. No penséis que esta gracia hace al hombre soberbio para que no se humille a otro, sino humilde. Dice Dios por David (Ps., 31, 8): *Yo te enseñaré el camino por donde has de andar, y pondré sobre ti mis ojos.* Yo te enseñaré y tendré cuidado a quien vayas a preguntar.

De esta unción de Dios lumbre de dentro, y doctrina de fuera, pero es menester tener mucha cuenta con nuestra ánima, no vivamos engañados, pensando que tenemos esta sabiduría, estando sin ella; porque en el ánima mala no entra la gracia del Espíritu Santo. Y así dice Isaías (29, 11, 12) que habrá dos males: El uno: *Lee en este libro. —No sé, que está cerrado.* El otro es: *Lee en este libro. —No sé.* ¡Abrid el libro, que si está cerrado no podéis! La verdad, por boca del otro se os ha de mostrar; mas si no tenéis lumbre de Dios, os enseñan, y luego lo olvidáis. Si tenéis el libro cerrado, tampoco lo podéis leer, aunque dentro tengáis la gracia. Si no se os predica doctrina, no leeréis en el libro, que está cerrado. Tomadme un niño; bautícenlo; no oiga la doctrina de la fe. ¿Inclinarse ha, para que crea, la lumbre que en el Bautismo recibió? No bastará, porque San Pablo dice

(9) *De vita spirituali.*

(Rom., 10, 17) que *la fe entra por el oído*; que lo que hemos de creer, hémoslo de oír. Y esto es lo regular que Dios tiene ordenado. ¿Qué aprovecha que tengamos buenos ojos, si estamos a oscuras? ¿Que aprovecha oídos, si no suena nada en ellos? Es menester buenos ojos y lumbre; es menester doctrina de fuera y lumbre de dentro. La cual nos dé el Señor *per merita sua*.

V. 28.

Et nunc, filioli, manete in eo; ut quum apparuerit, habeamus fiduciam, et non confundamur ab eo in adventu ejus.—Hanos dicho que sentimos de la fe según la unción del Espíritu Santo, y no de otra manera, conviene a saber, propia de nuestra carne. Ahora dice: *Amonéstoos ahora, hijuelos, que estéis en Jesucristo, para que cuando viniere a juzgar, estemos confiados y no seamos entonces avergonzados.* Todos tememos aquel día. Pues para *no ser avergonzados*, el remedio es *estar en Jesucristo*. Gran consuelo es tener confianza en aquel día. Esto, que es *estar en Dios* o *en Jesucristo*, es término propio de San Juan, y es estar arrimado e ingerido en Dios, del cual se recibe influjo de vida de gracia, como el sarmiento que está en la vid. *Ego sum vitis vera, et vos palmites; manete in me, et ego in vobis.* Yo soy la vid, y vosotros, los sarmientos: permaneced en mí, y yo en vosotros. Que ni Él se deshaga de nosotros, ni nosotros de Él. Pues el que así estuviere unido e ingerido con Jesucristo por fe y amor y vida nueva, no será en el juicio avergonzado. Ni es posible; porque no ha de hacer Jesucristo juicio contra sí. Pues como somos miembros, y Él la cabeza, y de Él y nosotros se haga un todo, claro está esto que no aborrece Jesucristo su cuerpo y carne, como dice San Pablo (Efes., 5, 29): *Nemo carnem suam odio habuit, sed fovet et nutrit.* Que si la aflige con ayunos o castigos, no es porque la quiere mal, sino por mucho amor que le tiene, para que con aquello se goce después. Y por aquí amonestaba el mismo San Pablo el amor del marido para con su mujer, y concluye que se le debía tener, porque es su carne. En testimonio de lo cual hizo Dios a Eva de la carne y costilla de Adán; y dice San Pablo que este Misterio es gran Sacramento en Cristo y su

Iglesia, que es su Esposa y su Cuerpo y carne. Luego, pues Jesucristo no ha de dar sentencia contra Sí, claro está que tampoco la dará contra su carne y sus miembros, que todo su cuerpo entero ha de llevar al cielo (*Jn.*, 12, 26). *Pater, volo, ut ubi ego sum, illic et minister meus sit.* Y ¿quién está en Jesucristo? Él lo dijo (*Jn.*, 15, 10): *Si precepta mea servaveritis, manebitis in dilectione mea, sicut et ego praecepta Patris mei servavi, et maneo in ejus dilectione.* Si guardareis mis preceptos permaneceréis en mi amor, como yo observé los mandatos de mi Padre y permanezco en su amor. Este seguro estará que no será condenado en el juicio (10).

(10) El versículo 29 explícalo el autor al principio del capítulo siguiente.

CAPITULO 3.º

(CAP. 2, v. 29.)

Si scitis quoniam justus est, scitote quoniam omnis qui facit, etc.

Si sabéis que (Jesucristo) es justo, sabed que quien obra conforme a justicia, nacido ha de Él.

Aquí comienza el tercer capítulo, aunque en la traslación latina está el principio de él donde dice: *Videte qualem...* Porque el sentido viene dependiente de allí: *Si scitis...* Y es como si dijera San Juan: «Hermanos, ya os he dicho cuán gran bien es tener compañía en Jesucristo, y andar en luz, y andar como Él anduvo; y cómo se han de huir los que fingen ser cristianos y son contra el mismo Cristo. Ahora os digo que, para que entendáis esta bienaventurada compañía, quiéroos decir en qué consiste y cómo se alcanza.» Y dice: *Si sabéis que Cristo es Justo, entended que todo aquei que hace la justicia es nacido de Él* ¿Qué queréis decir? «Lo primero que, como os dije que Dios es luz, y que quien quiere tener compañía con Él ha de andar en luz, así ahora os digo que es Justo, y aun la misma Justicia.»

¿Qué es justicia? ¡Gran vergüenza es de los cristianos que aun los propios términos de nuestra profesión no entendemos! *Espíritu, lumbre, gracia y justicia* es propio de nuestra profesión, y de pocos se entiendo. Cuando el pueblo de Israel estaba en Babilonia, olvidó su propia habla hebrea, y parece que venimos en la misma falta. Justicia en tres maneras se toma: la primera, por la justicia conmutativa que acontece en los contratos, cuando se guarda igualdad de lo que se da a lo que se recibe; la segunda, por la distributiva, que consiste en la equidad del distribuir los bienes públicos; la tercera, por la justicia

general, que consiste en guardar cumplidamente todas las leyes, que obligan, que forman el deber; porque el que guarda en todo la ley, pónese justo e igual con la ley. Y *de esta justicia* se entiende cuando decimos que Dios es justo; porque en todas sus leyes se muestra el deber: acerca de la omnipotencia criando el mundo; del saber, en regirlo; de su misericordia, en perdonar los pecadores; de su bondad, en comunicarles su gloria; y aquella ley que Dios tiene en ser Dios, cumplidísimamente la guarda. Y así no solamente es justo según justicia conmutativa o distributiva, que son justicias particulares, mas según justicia general; porque el que así es, en todo es bueno y cumplido, y no sólo en alguna cosa. Pues *si sabéis que Dios es de esta manera justo, entended* que el que ha de tener compañía con Él, *ha de ser justo, cumpliendo la ley* a que está obligado.

Dice, pues, San Juan: *Sabed que, todo hombre que es justo, ha nacido de Dios.* Y en esto ha respondido a lo que se preguntaba: «¿Cómo alcanzaremos esta compañía de Jesucristo?» Porque ninguna cosa es hecha de sí misma; que la causa ha de ser primero que el efecto, o en tiempo, o en causalidad y natura; porque otra cosa es ininteligible. Y por eso hay distinción entre las Personas divinas, en las cuales una procede de otra. Y así, *el que es justo de necesidad es de Dios*; porque como sea cierto que ninguno es por natura justo, antes como dice San Pablo (*Efes.*, 2, 3): *Pecadores somos, e hijos de ira*, de necesidad lo ha de participar de Dios, que sólo la puede dar. Porque así como no hay ninguno bueno, sino sólo Dios (*Lc.*, 18, 19): *Nemo bonus, nisi solus Deus*, y ninguna cosa hay buena por esto sino de Él, así ninguno es justo sino Dios; y el que lo es, por participación lo es de Dios; así como de ninguna cosa se dice absolutamente tener ser, sino de Dios. *Qui est misit me*; dijo Dios a Moisés que dijese, por dónde conociesen a Dios que era el que lo enviaba. Donde San Jerónimo dice a Dios: «No os dijerais vos *el que Es*, si vuestro ser no fuera tal que no pudiera venir a las criaturas.» Ni tiene bondad, ni justicia y ser la criatura, según que aquellos títulos se dicen de Dios. Porque la bondad de la criatura, comparada a la de Dios, es como si no fuese; y porque no es por naturaleza, sino participada; y porque depende de Dios en ser y conservación: y lo mismo se ha de afirmar de la justi-

cia y ser. Levantad la consideración a las mercedes que os ha hecho Dios en daros que seáis justos.

V. 1.

Videte qualem charitatem dedit nobis Pater, ut filii Dei nominemur et simus. Considerad cuál amor nos tuvo el Padre, que podemos llamarnos y ser hijos de Dios. ¡Qué amor éste tan grande que el Padre nos ha dado! Allí el Padre no es nombre de persona, sino de toda la Santísima Trinidad. Dios todas las cosas ama (*Sapientia*, 11, 25). *Diligis omnia, quae fecisti, et nihil odisti...* Porque [el amar de] Dios es dar algún bien; y así, en cuanto les ha dado algo, dicese amarlos. Porque como Dios sea riquísimo y poderosísimo, nunca su amor está sin dádiva; y aquesto es el amor, dar algún bien. No como el hombre, que acontece amar y no dar, porque no tiene qué. Y así nuestro Señor todas las cosas ama, porque no hay ninguna de ellas que no le haya dado su ser; a unas más perfecto que a otras; a las plantas más que a las piedras, y a los animales brutos más que a las plantas, y a los hombres más que a los brutos. Y aunque el amor en Dios sea el mismo con que ama una cosa y otra, porque es Él mismo; mas en las mismas cosas, diversos grados de amor se muestran. Que por la medida del bien comunicado se muestra el amor en la cosa. Y según esto decimos, que más ama a los hombres que a los brutos, y más a los brutos que a las plantas. Y de esta manera es verdad que Dios a todas las cosas ama, aun a los mismos demonios, porque les dió la naturaleza que tienen y se la conserva. Y así ama en ellos la naturaleza, porque aquello les da; y su amor es dar; porque si no la amara, la aniquilara. Mas en cuanto la culpa, aborrécelos, y lo mismo a los hombres. Y no es mucho amar y aborrecer una misma cosa, según diversos efectos o consideraciones, como el juez al delincuente, o el padre al hijo malo.

¡Mirad qué amor nos ha dado el Padre! ¡Porque si el amor de Dios es dádiva, habiéndonos dado tan gran cosa como es ser llamados hijos de Dios y serlo, grandísimo ha sido el amor! ¡Gran cosa nos ha dado por cierto! Y en esta mayor que si nos hiciera sin ella serafines; porque mayor bien es un hombre ser hijo

de Dios y estar en su gracia (como lo está un niño recién bautizado), que tener naturaleza de serafín sin gracia, aunque esté sin pecado. Porque por alta que sea su naturaleza, por ella no puede llegar a gozar de Dios, ni a ser su hijo, si no le comunica su gracia y don graciosamente dado. Merced sobre merced es luego ser hijo de Dios. ¡Bienaventurado el que la entiende!

Somos hijos de Dios verdaderamente; no naturales, porque sólo uno tiene Hijo natural, Cristo nuestro Señor, sino adoptivos; mas con tanta verdad hijos, que toda la ley que el padre guarda con los hijos. cumplidísimamente la guarda nuestro Señor para con nosotros. Porque así nos tiene en su corazón, así nos provee y mira por nosotros como conviene a padre. Este es el linaje del cristiano, más alto que de reyes. Helo aquí el consuelo en los trabajos, en los cuales se debe ocurrir al Señor, como verdadero Padre, poderoso de lo sacar de ellos; como el Hijo natural, Jesucristo nuestro Redentor, que afligido en el huerto se socorría a su Padre: *Pater mi, si possibile est, transeat a me...*

El propio nombre y apellido de nuestro Redentor es: ¡Padre mío!, y el de nosotros: ¡Padre nuestro! Porque de la manera que es su Padre, no es de ningún otro; y de todos nosotros es de una misma manera. Gran confianza, seguridad y honra es tener a Dios por Padre, y osarle llamar Padre, y esperar de Él amor y oficio de Padre. De lo cual dice San Pablo (Rom., 8, 15): *Envió Dios el Espíritu de su Hijo, in quo clamamus: Abba, Pater.* ¡Padre, Padre! Dos veces, para denotar el grande afecto [con] que mueve el Espíritu a llamar a nuestro Señor *Padre*: la una, por el premio que de Él esperamos; y la otra, por el amor puro y desinteresado que le tenemos. ¿Cómo osara el hombre tener confianza que Dios es su Padre, si no le diera Dios el Espíritu de su Hijo, que *da testimonio a nuestro espíritu que somos hijos de Dios?*

Propter hoc mundus non novit nos, quoniam non novit eum. Por [eso] el mundo nos ignoró; porque no conoció al Padre. Encareciéndonos antes San Juan esta gracia y merced que el Señor nos hizo en tomarnos por hijos. Podía alguno decir: Pues ¿cómo hace el mundo tan poco caso de nosotros siendo hijos de Dios? A esto dice San Juan: No os espantéis; porque *el mundo no nos conoce, y no conociéndonos, no es mu-*

cho tenernos en poco. Y ¿sabéis por qué no nos conoce? *Porque no conoce a Dios*, que es nuestro Padre. Y el *conocer* tórnase por estimar y hacer bien, que es manera de hablar de la Escritura, como se dice de las vírgenes fatuas: *No os conozco*. Y porque el mundo no estima ni ama al Padre celestial, que esto es *conocerlo*, por eso no os estima ni os ama. ¿Qué mucho es que no estime ni ame al hijo del rey quien a su padre no estima? Mas el que a Dios conoce, luego se le van los ojos tras los hijos de Dios; y es movido su corazón a amarles. Y ésta es una señal de los que han de ir al cielo. ¿Queréis ver si habéis de ir al cielo? Mirad si vuestro corazón estima los siervos de Dios: querriais parecerles si los amáis; y si os parece mal el pecado y profanidad de los del mundo. Y así exclamaba David (*Ps.*, 14, 1): *Domine, quis habitabit in tabernaculo tuo? Aut quis requiescet in monte sancto tuo? (Et post:) Ad nihilum redactus est in conspectu ejus malignus; timentes autem Dominus glorificat.* Señor, ¿quién habitará tu tabernáculo? ¿Quién descansará en tu monte santo? A nada fué reducido el malo en tu presencia; porque el Señor glorifica a los que le temen. No estima el hijo de Dios, que ha de ir al cielo, el mando, la gloria y deleites que en este mundo tiene el malo y hombre mundano; antes tiene por dichosos y bienaventurados a los que temen al Señor: y de ellos querría ser, con muchos trabajos y faltas de las cosas de este mundo; y no de los otros, sin ellos y con abundancia. Si estimáis en mucho los siervos de Dios, si sus menosprecios y abatimientos no os retraen de quererles parecer y tenerlos por dichosos, señal es de ir al cielo, y el contrario de no ir allá.

Por donde probó nuestro Señor a los fariseos que no eran hijos de Dios, sino del diablo, *ut patet*, por San Juan (8, 24), donde les concluye el Redentor, que aunque sean hijos de Abraham según la carne, no lo son, ni de Dios, en lo que pertenece al Reino de los cielos; porque no vale nada la carne, sino el espíritu. Y porque ellos no tenían éste, por el cual se pareciesen e imitasen a Abraham, sino al demonio, cuyos hijos, cuanto a esto, eran verdaderamente; parecíanles mal nuestro Redentor y sus obras, y queríanlo matar, como Él mismo dice. Por cuyo razonamiento les concluye ser hijos del diablo, *el cual, desde el principio, fué homicida, y no estuvo en verdad*. Otra

vez estaba nuestro Señor en Galilea, y sus parientes, quienes le buscaban para honra del mundo y los bienes de él, como ahora a los predicadores, que no los quieren sino para valer y ser aprovechados de ellos, dijéronle (*Jn.*, 7, 4): *Si haec facis, ostende te ipsum mundo*. Puesto que tales cosas haces, muéstrate al mundo. ¡Qué palabras tan de carne para quien tan espiritual era! Decíanle aquello con intención de valer en el mundo por Él. Mas cuando le pusieron en la cruz, por ventura no le quisieran por pariente, afrentándose de tener pariente que muriese en palo por malhechor. Respondióles el Redentor: *Tempus meum nondum venit; tempus autem vestrum paratum est*. Vuestro tiempo aparejado está ahora, o cuando os habéis de holgar; porque sois del mundo y estáis en él, y el mundo no puede aborrecer lo que es suyo. Mi tiempo no es venido, porque yo no busco al mundo, ni soy de él; y así a Mí, como a cosa extraña, no me ha de hacer honra ni fiesta. Mi tiempo será cuando pase de este mundo al Padre. Ved aquí cómo los hijos del mundo no estiman sino a los tales, y a los de Dios no hacen caso de ellos, antes los aborrecen. Luego señal de perdición es amar los del mundo y aborrecer los hijos de Dios; y es señal de ir al cielo estimar los hijos de Dios, menospreciados aquí del mundo, y no hacer caso aquí de los bienes y prosperidades que aquí los del mundo tienen.

Decía David: *A fructu frumenti, vini et olei sui multiplicati sunt. In pace in idipsum dormiam et requiescam: quoniam tu, Domine, singulariter in spe constituisti me*. Con la abundancia de trigo, vino y aceite, se multiplicaron (mis enemigos); pero yo dormiré y reposaré tranquilo en tu paz y bondad, Señor; porque en particular manera me confirmaste en esperanza. En lo cual relucía esta señal de los que han de ir al cielo: «Esos bienes temporales no me contentan, ni los estimo, ni llamo dichosos a sus poseedores. De lo que yo hago caso y estima: *Quoniam tu, Domine, singulariter in spe constituisti me*. Por eso: *In pace, in idipsum dormiam et requiescam.*» El mundano es todo al revés; que si no es por bienes de acá que se vean, no dará nada. Eso estima y tiene en mucho; y de los bienes espirituales no hace caso.

Y de esta manera es forzoso que no convengan ni les parezcan las cosas de los unos a los otros, ni de los otros a los otros. Y los del mundo juzgan a los de

Dios por errados, y los de Dios a los del mundo; mas los de Dios aciertan, y los otros se engañan. ¿Esto no es verdad? ¿A quién estiman los del mundo por de mejor linaje, a un hijo de un rey o de Dios. que no toma la carne del rey? Pues al primero. ¿Por qué? Porque este secreto y esta verdad, a saber: que las cosas espirituales y el linaje espiritual de Dios es mejor y más alto que los carnales, y que el carnal es de los hombres no la puede entender. Porque, como dice San Pablo (1 Cor., 2, 14): *Animalis homo non percipit ea. quae Dei sunt... quia spiritualiter examinatur*. Porque el hombre animal no comprende las cosas de Dios, que espiritualmente son estimadas. Parecele necedad y poquedad, porque *spiritualiter* es examinado el negocio de Dios, para cuyo examen le falta *espíritu*. Porque toda cosa ha de ser examinada con su espíritu: la medicina, *medicine*, medicinalmente, y la retórica, *rethorice*, retóricamente; y *espiritualmente* es examinado el hombre mismo animal, o *spiritualiter examinatur homo ipse animalis*; y por eso no puede dejar de haber en él gran falta, siendo él carnal. Luego *el hombre animal*, que carece de espíritu de Dios. *no puede examinar las cosas de Dios ni percibir las*. Santo Tomás, sobre este paso, dice: Que así como uno que está durmiendo no puede juzgar las cosas del que vela, así el hombre animal, las cosas de Dios. Porque *hombre animal* se toma allí, por hombre que lo que sabe, lo sabe por su juicio y razón, al cual no ha enseñado la unción del Espíritu Santo. Y así lo dice Teofilato: *Animalem hominem voco philosophum, qui suo nutu, suo sensu ducitur*, aunque sea en cosas de virtud y de Dios. Este es el hombre que se rige por su razón y seso; como el espiritual el que se rige por el espíritu de Dios; como dice la Glosa sobre el mismo paso, que el espiritual es el que tiene ilustrado el entendimiento y entiende de las cosas según la lumbre de Dios y la voluntad inflamada en Dios. El que esto no tiene, yerra juzgando a los que sirven a Dios; porque no los puede conocer, pues no los estima ni ama. Y ¿por qué no los ama? Responde el Redentor (Jn., 15, 18): *Si el mundo os aborrece, a mí me aborreció primero*; luego si tenéis mi espíritu, no puede el mundo dejar de aborrecer a vosotros.

V. 2.

Charissimi, nunc filii Dei sumus, et nondum apparuit, quid erimus.—Ahora tenemos este bien, que somos hijos de Dios, estamos en la posesión de ello; pero mucho os debéis de gozar; que mucho más de lo que ahora parece se ha de manifestar. Porque así como Jesucristo, siendo Hijo natural de Dios, porque no era venido su tiempo, pasó miserias, y hubo frío, calor, cansancio, dolor y tristeza; mas cesó todo esto, y cogióse de ello el fruto de la gloria y reino suyo; el cual se manifestará a todos el día del Juicio. Porque no es venido el tiempo de los hijos de Dios adoptivos; y por eso, aunque verdaderamente sean hijos, no se ha descubierto lo que han de ser. Está encerrada su bienaventuranza en las miserias de este mundo, como las flores en las fealdades de los árboles sin hojas.

Mas sabemos dice San Juan: *Quoniam, quum apparuerit, similes ei erimus, quoniam videbimus eum sicuti est.* Porque cuando apareciere, semejantes seremos a Él y le veremos tal cual es. ¡Bendito sea Él, que tanto bien ha de mostrar en nosotros! ¡Qué ricos, qué hermosos, qué contentos y bienaventurados estaremos cuando seamos semejables a Dios! ¿Y de dónde nos nacerá el ver a Dios? Quiere aquí Cayetano decir, que *la lumbre de gloria* que han de tener los bienaventurados, los hará semejables a Dios; de lo cual vendrá ver a Dios: como cosas que por aquella disposición se hacen semejables a Dios, y dispuestos por eso para verlo. Pero mejor es decir que no pretendió aquí San Juan aquello, sino dar la causa de ser semejables a Dios, que es ver a Dios. Porque el que a Dios ve, transfórmase en Él. Como de mirar el sol, si se pudiese bien ver, queda el ojo lúcido y semejante a él, así quedará el entendimiento de ver a Dios; lúcido, lleno de verdad, y la voluntad llena de bondad, semejable a la de Dios; pues por su amor (al cual sobre todas las cosas ama), la ama y tiene. Porque del amor de la cosa amada, resulta hacerse el amante semejante a ella; como se dice de los discípulos de Platón, que por amar mucho a su maestro andaban acorvados como él andaba. Pues así se quedará la voluntad transformada en Dios, y toda la fuerza racional se acostará a la semejanza de

Dios; y así serán los hombres, castísimos, templadísimos, amicísimos y muy limpios, a semejanza de Dios. Porque las virtudes y propiedades de Dios ocuparán todo el hombre y lo poseerán; como un limón que se echa en conserva, que lo empapa y cala la miel de todas las partes. San Pablo dijo (1 Cor., 15 28): *Et erit Deus omnia in omnibus*. Y será Dios todas las cosas en todos. Serle ha luz en su entendimiento, bondad y virtud en su voluntad.

V. 3.

Et omnis, qui habet hanc spem in eo, sanctificat se. Y todo el que tiene tal esperanza en Él, se santifica. Porque conoce que de solos los Santos ha de ser Dios gozado, sabiendo que está escrito (Apoc., 21 27): *Ninguna cosa sucia entrará en la ciudad*. Y también (Mt., 5. 8): *Beati mundi corde, quoniam ipsi Deum videbunt*. Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. Pues ved aquí *el bien que esperan* los hijos de Dios, para el cual *se santifican*, y se limpian de las cosas de la tierra, quitando de ellas su afición; como Él es santo, limpiísimo, que ninguna cosa ama, sino por Sí. Pues si hemos de ser semejantes al Santo, conviene que nos santifiquemos, y si al limpio, que nos limpiemos.

V. 4.

Omnis qui facit peccatum, et iniquitatem facit. Todo el que peca, comete iniquidad. Pero sigue San Juan la materia que trata: Que todo el que tiene compañía con Dios, es justo; porque Dios es justo; y por el contrario, todo aquel que no es justo y hace injusticias, no tiene compañía con Él. Pues de esta manera dice ahora que todo aquel que no hace pecado, tiene compañía con Él; porque Él es ajeno de pecado, como diremos más abajo. Y porque quiere San Juan [declarar] cómo sea el que es injusto y hace mal debajo de este nombre de pecado; y tiene ya concluido, que el que hace injusticia no tiene compañía con Dios, para concluir lo mismo del que hace el pecado, dice que pecado e iniquidad lo mismo es: *Quia omnis, qui facit peccatum, et iniquitatem facit; et*

peccatum est iniquitas. Porque: *Iniquitas est, quod est contra aequitatem et justitiam.* Porque todo el que peca, iniquidad comete: el pecado es iniquidad: la cual es contra equidad y justicia. De manera que vale tanto como injusticia, o no cumplir aquello a que está obligado. Pues lo mismo es pecado, que es defecto en aquello que debe. Luego bien probado está, que el que hace el pecado, comete iniquidad; y por el consiguiente, de la manera que se ha la *iniquidad* con Dios, se ha de haber el pecado. Es por cierto, el pecado, *desigualdad* (1). ¿Y qué mayor *desigualdad* que el pecado? *Desigualdad* es no obedecer al padre el hijo, al Señor no agradecerle lo bien hecho. Pues toda esta *desigualdad* comete un hombre que hace un pecado mortal; no obedece al Padre y Señor, ni es agradecido a su bienhechor.

V. 5, 6.

Et scitis quia ille apparuit, ut peccata tolleret, et peccatum, in eo non est. Omnis, qui in eo manet, non peccat. Ya sabéis que apareció (el Señor) para quitar el pecado, que Él no tiene: quien está en Él, no peca. Pues si la iniquidad es con Dios tan contrariamente, que el que la hace no está en Dios [y] el pecado e iniquidad son una misma cosa, ¿qué resta de aquí, sino razonar como allá?: el que hace pecado mortal no está en Él y el que está en Él no comete pecado: *Quoniam non est in ipso.* Porque tan limpio y ajeno está Dios de pecado, cuanto de iniquidad. Antes *a eso vino al mundo y fué visto en él*, en carne, para quitar los pecados que en él había y hay.

¿Qué siente el que oye esto? *Omnis, qui in eo manet, non peccat?* (*A destructione consequentis ad destructionem antecedentis*): *ergo qui peccat, non manet in eo.* Dura os parece esta sentencia, que el que peca no está en Dios, mas es verdadera. ¿Cómo ha de estar quien hace el pecado y lo tiene en su voluntad, en el que *vino a quitar los pecados*, y a dar, por condenarlos y destruirlos, su vida? Y fué tan eficaz la destrucción que de ellos hizo, que los pecados ya hechos, y que no se podían destruir ni dejar de haber

(1) *Desigualdad*: traducción literal de *iniquitas, non aequitas.*

pasado, se den por ningunos y se reputen como si no hubiesen sido; y para los por hacer, dé fuerza, para que no se hagan ni cometan. ¡Poderoso Dios, que podéis Vos hacer, Señor, que lo que ha sido sea tanto como si no fuese!

Decía Job (7, 20): *Peccavi, quid faciam tibi?* ¡Señor, ya pequé; mi pecado no puede dejar de haber sido! *Quia ad praeteritum non est potentia.* ¿Qué remedio? —No os acongojéis; que aunque lo pasado [no] puede dejar de ser, mas puede hacer Dios que no os perjudique, como si no lo hubieseis hecho. Está una mujer muy penada porque enojó a su marido; dícele el marido que cese de su pasión, pues mayor pena le dará con ella; que él se da por no ofendido. Si el amor que al marido tiene la causaba la pena, sabiendo que mayor se la da con tenerla, cesará; y si todavía se está con ella, no es por amor del marido. Dice el Señor por Jeremías (31, 16): *Cese el clamor de tu voz y las lágrimas de tus ojos.* No más; que Yo castigaré ya en Mí tus pecados, y me doy por satisfecho de ellos, y ellos quedan para contigo, como si no hubieran sido. No os avergonzaré más por ellos. *Beati, quorum remissae sunt iniquitates, et quorum tecta sunt peccata* (Ps., 31, 1). Bienaventurados son aquellos cuyas iniquidades y pecados les son perdonados. *Cobijados están* (2) los pecados de aquel que Dios se los ha perdonado; para que no sean vistos con vergüenza. tienen cubierto su mal aspecto y olor, y todas las malas propiedades.

¿No os acordáis de los gitanos, cuando salieron tras los hijos de Israel, de cuya vista ellos desmayaron, y comenzaron a decir a Moisés (*Ex.*, 14, 11): *¿A qué nos sacaste acá? ¿No había en Egipto sepulturas en que nos enterrarán?* Y díjoles Moisés: *Estad en confianza, y veréis las maravillas que ha de hacer hoy Dios aquí. Estos gitanos, tantos y tan grandes, que aquí veis, no los habéis de ver más.* Los cuales, como entrasen por el mar, por donde habían pasado los hijos de Israel, ahogólos a todos el agua, que se volvía a su lugar, después de ellos entrados. Y Moisés y los de Israel cantaron alabanzas al Señor, cuando vieron los gitanos ahogados por la orilla del mar diciendo (*Ex.*, 15, 1): *Cantemus Domino, gloriose enim magnificatus est.* Bien cumplió Dios su palabra.

(2) *Cobijados están*: así traduce *tecta sunt*.

que dió por Moisés, de *no verlos más*; porque, aunque los veían, no era para temerlos ni poderles hacer mal, porque los veían muertos; antes les era materia de mayores alabanzas a Dios, y de mayor seguridad suya y contentamiento, viendo los enemigos muertos. Pues los pecados hechos, que son los gigantes a quien servisteis estando en las tinieblas de Egipto, no pueden dejar de ser hechos. Veislos venir tras vos en gran multitud, y os desmayan. ¿Y quién podrá escapar de ellos? ¿Qué será aquí? Esforzaos, que vuestro capitán, Jesucristo, dice: «No desmayéis, y veréis las maravillas que Dios ha de hacer; que todos esos pecadazos que así parecen venir contra vos, acusándoos con ímpetu de tornaros a cautivar y haceros que sirváis como soliais, los ahoga en el Mar Bermejo de su sangre el Señor. Se tornará a nosotros y habrá misericordia de nosotros, y arrojará nuestros pecados en lo profundo del mar. Dice la Escritura (Apoc., 1, 5): *En su sangre nos lava*. Ved vos el pecado que habéis hecho; mas no le temáis, que ahogado está.

¿Qué teméis? *Deus est qui justificat, quis est qui condemnetur?* (Rom., 8, 34). Dios es el que justifica ¿pues quién será condenado? Si la parte y el juez perdonan, ¿qué hace que acuse el fiscal? ¿Qué le aprovecha al demonio que pida venganza del pecado, pues Dios, que es el ofendido y el que lo juzga, está satisfecho? ¿Qué derecho tiene él allí, pues el pecado no se hizo contra él? Muertos están nuestros pecados, si hemos pasado el Mar Bermejo de la sangre de Jesucristo. Alegres podemos cantar: *Cantemus Domino, gloriose enim magnificatus est*. El caballo es el pecado, el caballero es el demonio; pues a entrambos los derribó Jesucristo en el mar y allí se ahogaron. *Equum et ascensorem projecit in mare*. Esta es la empresa que Jesucristo tomó en este mundo. Sepan, pues, los hombres pecadores que Jesucristo les mató los pecados, y les quitó la pena y vergüenza y deshonor que le causaban; y que les ganó fuerza contra los por hacer, para que si el hombre de su voluntad no se dejare vencer de ellos, los venza y sobrepuje.

Mas es gran dolor ver que de tanto bien como es la libertad de que Dios ha usado con los hombres, tomen ocasión de ofenderle y de no aprovecharse de ella. Debiendo de ser al revés, que de allí les había

de nacer un firme propósito de no cometer pecados (pues tienen fuerza contra ellos), y de llorar los pasados y salir de ellos (pues en aquellas lágrimas por la Sangre de Jesucristo están ahogados). ¿Qué remedio envió Dios al mundo en Cristo nuestro Redentor contra los pecados? *Setenta semanas hay precisas*, dice San Gabriel a Daniel (9, 24), de aquí a cuando *consummetur praevaricatio, et finem accipiat peccatum, et deleatur iniquitas, et adducatur justitia sempiterna, et adimpleatur visio et prophetia, et un-gatur sanctus sanctorum*. Se acabe la prevaricación y el pecado, y se borre la iniquidad, y llegue la justicia sempiterna, y se cumpla la visión profética, y el Santo de los Santos sea ungido. Allí el día se toma por año, según la computación de la Escritura (*Lev.*, 25, 8), que dice que el año del Jubileo es *de siete en siete semanas*, tomando el día por un año. Pues tanto pasó justamente hasta que vino nuestro Redentor desde el tiempo de la profecía. Setenta semanas de días por años, que son cuatrocientos y noventa años. al cabo de los cuales vino el Santo de los Santos, y fué ungido *oleo laetitiae prae consortibus suis* (*Ps.*, 44, 8). Y tuvo fin el pecado, y se acabó la prevaricación, porque el venido hizo campo con el pecado, y muriendo Él, mató al pecado, y Él quedó vivo. Porque este vencimiento es contrario al que el mundo hace y alcanza; y así, dejándose vencer de la muerte, la venció, y quitó al pecado sus fuerzas. Pues aunque había en Cristo parte flaca, por la cual le pareció a la muerte tener entrada en Él, y por allí le acometió pensando de enseñorearse en Él; mas, como tenía otra parte más fuerte que aquella flaca, y no podía morir, que es la divina, mató a la misma muerte, enseñoreada ya en la parte humana, resucitando por virtud de la divina: la cual victoria comunica a los que se unen a Él por fe y gracia. Y viendo esto los santos Profetas, pedían a Dios la venida del Redentor, diciendo (*Is.*, 45, 8): *Rorate coeli desuper, et nubes pluant justum*. Que con el Salvador nació nuestra justicia. De manera que los que se condenan, por su culpa es; y lo mismo los que hacen pecados, y por su gran pereza; pues quien quisiere tomar la medicina, sanará, y quien quisiere jugar de las armas, vencerá. En el mundo está: venido es ya el Cordero de Dios, el que quita los pecados (*Jn.*, 1, 29): *Ecce agnus Dei... Et peccatum in eo non est*. Que si pecado algu-

no tuviera, no fuera bueno para perdonar pecados. *Nunc autem....* Mas ya lo sabéis; no lo tiene, ni lo puede tener. Por eso es muy conveniente para este oficio, del cual dice San Pablo (*Hebr.*, 7, 26): *Segregatus a peccatoribus, et excelsior coelo*. Separado fué de los pecadores, y está más alto que los cielos. Pues si Él está limpio, que no solamente no tiene pecado, mas por su mucha limpieza quita los pecados; *el que está en Él no peca*. Que no se compadecen, cierto, estar en Cristo y pecar mortalmente. Y si peca, no está en Él, ni lo conoce, ni lo vió; porque ni le ama ni le estima. Quien no está en Cristo, ¿en quién está? ¡Oh desdichado de él! Y ¿dónde estará? San Agustín, sobre aquello de San Juan (15, 1): *Ego sum vitis vera*: «El que esta en la vid está en Cristo; el que está en Cristo llámase cristiano.» Recia palabra es ésta, mas verdadera.

V. 7.

Filioli, nemo vos seducat; qui facit justitiam, justus est. Hijuelos, no os engañe nadie. En tiempo de los Apóstoles estaban muchos engañados, diciendo que viviendo al mundo se habían de salvar debajo de dioses misericordiosos, y enseñábanlo así; y ahora hay harto de esto, de lo cual avisa aquí San Juan. Y San Pablo (1 *Cor.*, 6, 9): *Iniqui non possidebunt regnum Dei*. Los inicuos no poseerán el reino de Dios; donde cuenta muchas especies de pecadores, de los cuales ninguno poseerá el reino de los cielos permaneciendo en su mal vivir. Pues no os engañéis pensando que viviendo mal habéis de ir al cielo. *Nolite errare*; decía San Pablo (*Gal.*, 6, 8): *Quaecumque seminaverit homo, haec et metet. Si sembrare de la carne, de la carne recogerá corrupción*, que es su fruto. Pues no os engañéis hijuelos—dice San Juan—que tan solamente es justo el que hace justicia; y éste sólo está en Dios, como Él es justo.

V. 8.

Qui facit peccatum ex diabolo est.—Mas el que hace el pecado del diablo procede y en él está. Pa-recióle a San Juan que les retraería más diciéndo-

les que *tenían compañía con el diablo*, que sólo por decirles que *hacían pecado*. Y así es que en una cosa mal hecha, más temen los hombres ser por ella entregados al diablo y tener derecho en ellos, que el mismo pecado, que es ofensa de Dios. Y había de ser al revés; que más habían de temer al pecado, en el cual consiste todo el mal. Antes del demonio no se había de temer, sino por el pecado, porque por él tiene entrada y derecho al hombre. ¿Y escupís del demonio, porque es el atormentador, y no se os da nada por el pecado? Dice, pues, San Juan: *El que hace el pecado, del diablo procede*, hijo suyo es. ¡Qué mal padre! ¿Qué podéis heredar de él, sino maldades? ¿Qué os enseñará y a qué os moverá? Tristezas y desabrimientos, y faltas y afrentas en que os pondrán, y después, en la otra vida, enviaros han con él, por la sentencia justa que pronunciará Jesucristo (*Mt.*, 25, 41): *Andad, malditos, al fuego eterno que está aparejado al diablo y a sus ángeles*. Andad con vuestro padre, al cual en este mundo quisisteis. *Apartaos de mí, malditos*, que me desechasteis cuando os buscaba: idos ahora con quien tuvisteis en la vida compañía. ¿No bastaba esto para nunca más pecar?

Y ¿por qué son los tales hijos del diablo? Porque le imitan en las obras: que en [el] ser espiritual, o malo o bueno, aquel a quien imitan se dice padre. *Quoniam ab initio diabolus peccat*.—Desde el principio peca; porque antes de él no hubo pecado. *Desde el principio* del pecar, peca, y de hacer mal; porque la misma mala voluntad y deseo tiene siempre, de la cual proceden las malas obras que hace, aunque no se le imputen a demérito ni más pena *post lapsum*, después de caído. Y esto que el pecador es hijo del diablo, entiéndese del mortal y no venial.

In hoc apparuit filius Dei, ut solvat opera diaboli. Ha tratado San Juan en qué se conocerá el padre que uno tiene, si a Dios o al diablo; porque si hace injusticia y pecado, al diablo tiene; el cual desde el principio peca, y al cual imita el hombre que peca, y por eso es su hijo, pues le comunica su propia naturaleza, como hace un padre carnal a su hijo. De la cual manera sólo el Hijo de Dios es natural, al cual comunica el Padre su esencia una en número, y por eso es hijo suyo propio: y los justos no lo son por esta vía, sino por la imitación, y, como diremos, por el origen que de él toman. Pues dice ahora San

Juan: «Si alguno, oyendo que tiene al diablo por padre, le pesa de ello y le quiere dejar, sepa que hay remedio.» *In hoc apparuit Filius Dei*. Veamos: ¿hay alguna otra razón (además de la imitación) por que los que hacen justicia se dicen hijos de Dios, y del diablo los que cometen pecado? Además de la imitación, sí hay. Notad que hay dos cabezas: padre de los buenos, que hacen justicia, es Cristo; de los malos, que pecan, es el demonio. Y además de ser ejemplo de imitación Jesucristo de los buenos, porque es mejor que todos, obra en ellos virtud y fuerza, que es su espíritu o gracia, con que puedan imitarle y hacer obras de justicia; y de esta manera los engendra para la vida después de la primera generación de carne, que fué la muerte. Y por eso se llama *padre del futuro siglo*, según Isaías (9, 6), porque *el primero* es tomado de la generación de Adán para la muerte, después del cual sucede la regeneración de Cristo. Abraham, *padre* se llama *de los creyentes*; mas solamente por la imitación; y por la excelencia y perfección de su fe, mereció ser puesto por ejemplo de los creyentes y tener nombre de *padre* de ellos; pero no pasó adelante la razón de padre en él, como en el Hijo de Dios, que reengendra por su virtud a los hombres, y los enseña y tiene cuidado de ellos, como propio padre. He aquí la una cabeza.

El diablo es otra, de los malos, de los cuales se dice que es *rex super omnes filios superbiae*, rey sobre los hijos todos de la soberbia, no solamente por tenerlo por ejemplo a quien imiten en su desobediencia y soberbia, mas *quia nati sunt ex illo*; porque nacieron de él, pecando, como tiene dicho San Juan. Y si nacidos de él, algo les pega y comunica para el mal, así como Jesucristo para el bien. Y esto es ceguera y maldad, estímulo y fuerza para el pecado, aunque con todo esto no fuerza al hombre para hacerlo, que libremente peca, como libremente obra el bien al que Dios ayuda. También les llamó nuestro Señor a los malos hijos del diablo (*Jn.*, 8, 44): *Vos filii estis diaboli*. Y pues tienen el nombre, también les conviene la razón de él. A los mismos llama San Pablo «hijos del Príncipe de este mundo». *Secundum principem potestatis aeris hujus spiritus, qui nunc operatur in filios diffidentiae*. El *príncipe de este mundo* es el demonio, porque *el mundo* tórnase por los malos, sobre los cuales tiene mando, y a los cuales llama San

Pablo *hijos suyos e hijos de desconfianza*, porque tienen perdida la esperanza de gozar de Dios. De ello ningún cuidado tienen; por ella ninguna cosa hacen, pues donde no hay efectos de esperanza, ¿cómo habrá esperanza? Y así como cuando uno oye de otro que es rico, del cual ninguna cosa espera, no le da placer; así el que no espera los bienes celestiales de Dios, aunque le digan que Dios tiene tantos y tales bienes, ningún agradamiento les da; mas el que es *hijo del reino*, oyendo que Dios tiene gloria, alégrese y gózase. ¿Por qué es? Porque le ha de dar de ella, sabiendo también, que ha de alcanzar de aquella sabiduría. Y este tal huye todo aquello que impide a venir a la posesión de estos bienes, y lo que no sabe, procura saberlo, porque *qui habet hanc spem, sanctificat se*. Y esta es aquella esperanza de la cual dice San Pedro (1 *Petr.*, 1, 3): *¡Bendito sea Dios, que nos engendró en una esperanza de vida!* Pues la esperanza que no mueve a obrar los medios para la posesión de lo que se espera, o no es tal, o lo es muerta, como se dice de la fe. Pues he aquí en qué consiste la razón de ser *padre* el diablo, el cual les impide y mueve tanto al mal, que les hace andar a su voluntad, aunque, como dijimos, no les fuerza. Mas un alma sin la gracia de Dios está tan ciega, tan flaca y tan miserable, que de su voluntad acude al mal a que el demonio la solicita, y se huelga de ello.

Dice ahora San Juan: «Si alguno está descontento de este mal padre, sepa que ha venido remedio del cielo para dejarlo y tornar a Dios; pues para esto apareció el Hijo de Dios, *ut dissolvat opera diaboli*. Para deshacer la obra del diablo. ¡Qué placer es ver llegada la hora de Dios, en que las tales obras del mal padre deshace! *Señor, toda la noche trabajando, no hemos tomado nada*, dijo San Pedro a nuestro Señor (*Lc.*, 5, 5); pero después súbitamente sacó multitud grande de peces, echando la red a mandamiento del Señor, el cual allí de nuevo crió para él milagro. ¡Qué de años tiene el demonio la posesión de un alma, de la cual se mantiene y ceba su mala voluntad, conforme a la sentencia contra la serpiente dada (*Gen.*, 3, 14): *Tierra comerás todos los días de tu vida*. Tierra son los pecadores, pues no saben ni quieren sino las cosas de la tierra. Mas viene nuestro Señor y deshace en un punto su obra; quítale la presa y déjalo rabioso; deshácele la tela que tenía urdi-

da, como dice Isaías (25, 7): *Praecipitabit in monte illo faciem vinculi colligati super omnes populos, et telam quam orditus est super omnes nationes.* Despeñará Dios en el monte Calvario el yugo que tenía Satanás puesto sobre todos los pueblos, y la tela que tenía urdida sobre todas las naciones. Y añade más abajo: *Et triturbabitur Moab sub eo, sicut teruntur paleae in plaustro.* Y será triturado Moab, como lo es la paja en la era. Aquí fué el demonio acoceado y echado por el suelo, siéndole quitada la fuerza, y deshecha su arte. El arte fué hacer pecar al hombre, de lo cual entendió el demonio la perdición del género humano. Mas no entendió el remedio que Dios le había de dar. Y porque su deseo fué deshacer la obra de Dios e impedir su consejo, para mostrar Dios sus maravillas y la ceguedad del diablo, no solamente dió remedio al hombre que el demonio por irremediable tenía, mas por el mismo arte que él lo perdió, lo restauró Dios. Miradlo bien. Un ángel vino a hablar una doncella, que llamamos Eva; consiente y cométese el delito con la fruta del árbol. Envía Dios un ángel a otra doncella; consiente y cóbrase lo perdido en otro árbol, que es la cruz. *Ars ut artem falleret.* Arte destructora del arte.

Cuando estaba Senacherib sobre Jerusalén, muy soberbio, y confiado de cautivarla, decía (*Is.*, 36, 18): *Los dioses de tal parte y de tal otra no pudieron resistir mis manos; pues tampoco vuestro Dios podrá.* De lo cual, atemorizados lloraban; mas Dios les mandó decir por Isaías (37, 29) que se consolasen y que aquel necio Él le hará echar un freno en la boca y tornar por el camino que vino. Y así dice Dios al demonio, el cual, muy soberbio, le parecía ya tener ganado todo el género humano; mas haciéndose Dios hombre, hízole huir y volver afrentado. Porque los hombres ganaron más que perdieron; más les dió Dios, que el demonio les había quitado. Si no aprovechan de ello, no deja la obra de Dios por eso de ser de la misma grandeza que si en todos tuviera efecto. Y así, mirando el remedio que Dios ya dió a los hombres y a la victoria contra el demonio, quédase éste avergonzado y deshecha su arte y de ningún valor. Y como en común y general deshizo Dios la obra del demonio y contraminó su arte en la cruz, también en particular sacándole al mundo de entre las manos; pues le tenía por suyo, diciendo con soberbia y confianza: «¿Quién podrá sacar el cautivo de las manos del fuer-

te?» Pues decidle que David; porque cuando el león o el oso toma la oveja, lo desquijara y le quita la oveja viva de la boca (1 *Reg.*, 17, 34). Este es Jesucristo, que quita las almas de la boca del diablo, mordidas de él y hechas presa por el pecado. En Isaías (14, 4) se dice: «*Días vendrán en que cantarás y dirás: Quomodo cessavit exactor, quievit tributum, contrivit Domini baculum impiorum?*» Cesado ha el cobrador del tributo. ¡Oh qué tributo es éste, con tanta oportunidad demandado del diablo, que aun el mismo que peca se hastía de sí, y se maravilla de la frecuencia del pecar! Maravillarte has. ¡Válgame Dios! ¡Como que ya no se te da nada y de hacer este pecado; por parecerte ser imposible dejarlo de hacer. Pero más hace Dios; que de aquello que el demonio toma para más bien encadenar a uno, toma Dios ocasión, y le hace ser medio para que se le suelte. ¡Qué corrido queda el demonio! Pensaba que por hacerle cometer a uno más y más graves pecados, sería más suyo; y, de verse tan perdido, le pone Dios deseo de dejar el pecado, y así se convierte. Esto es cortarle la cabeza con la misma espada suya, como David a Goliath. Pues si a tanto se extiende el poder y saber de Dios, ¿quién desmayará? ¿Por qué desmayáis, hombre? «Porque son muchos mis pecados y graves.» Pues de ahí tomará Dios ocasión para levantarte. Que a esto vino el Hijo de Dios al mundo, a deshacer las obras del diablo. Medicina hay para nuestra enfermedad; mas, maldita sea nuestra pereza, que por ella morimos y no por falta de remedio.

V. 9

Omnis qui natus est ex Deo, peccatum non facit.— Dijo San Juan: «El que peca es hijo del diablo; y entrometió esta palabra: *In hoc apparuit*. Para confianza de medrosos.» Y luego dice: *Y todo aquel que es nacido de Dios no peca.* ¿Veis aquí por qué llamáis escrupulosos a los predicadores y que estrechan mucho? ¿Qué más estrecho que lo que pone San Juan? ¿Queréis que no os digamos lo que dice la Escritura sagrada? ¿Qué os puede decir el predicador, si Dios dice que todo el que es nacido de Él no peca?

Y ¿por qué? *Quoniam semen illius in eo manet* Porque permanece en él su semilla. ¿Qué semilla es ésta? *Semen est verbum Dei*: de la cual nacen los

hijos de Dios y con la cual son conservados. Y ¿qué palabra es ésta? La palabra de la modestia, mansedumbre, castidad. No sólo la palabra de fuera; que por eso dice San Juan (3, 5): *Qui non renatus est ex aqua et Spiritu Sancto, non potest intrare in regnum coelorum*. Quien no renaciere del agua y Espíritu Santo, no entrará en el reino del cielo. No basta la palabra de fuera; es menester que se forme en el corazón por el Espíritu Santo, y ésta es *la semilla* que la renueva y la hace renacer, y no sola el agua.

La cual semilla os hace que no pequéis, y lo que es más, parece que ni podéis pecar. *Et non potest peccare*. Si en vuestro corazón está un fuego, ¿cómo entrará allí el frío? Estando en vos la castidad, ¿cómo se compadecerá carnalidad? Entretanto que permanece la castidad, *no puede pecar*, si guarda *la semilla*. Por más que libertad tenéis para echar de vos la gracia, y pecar; porque esta libertad nunca se pierde en este estado. Que aunque los Apóstoles y nuestra Señora fueron confirmados en gracia y no pudieron pecar mortalmente; mas esto fué por privilegio particular, y no santidad; porque ninguno, por grande que sea, tiene en esta vida tal impecabilidad, si Dios no privilegiase a la tal persona; que harto santo era David y pecó; y San Pedro, antes de la venida del Espíritu Santo, y pecó. Mas después de la venida de él, quedaron confirmados los Apóstoles. Y así puede acontecer que un gran santo pueda pecar mortalmente, y otro que no es tan grande no pueda, porque puede estar confirmado por privilegio particular. Y de esta manera bien se admite que en esta vida haya hombres que no puedan pecar mortalmente por privilegio, y no de otra.

Cerca de lo cual hubo dos errores. El primero decía que podía ser uno tan santo en esta vida, que no pudiese pecar, y esto sólo por la santidad, no haciendo mención del privilegio; como si a alguna santidad le correspondiese en esta vida la tal impecabilidad. El segundo decía que después de uno ofrecido a Dios y dejado en sus manos no podía pecar, porque cualquiera cosa que quisiese era conforme a la voluntad de Dios; y aunque fuese impureza y robo, decían que no era pecado. Y estos eran los *dejados* (3). Esto defendía Mahoma, tomando la mujer que bien le parecía, aunque fuese casada. Y siendo reprendido por Aja,

(3) Los *dejados*: los alumbrados.

su principal mujer, decía que así quería aquello, y mostraba una cédula en que decía: «Nos, Dios, tenemos por bien que vos, Mahoma, toméis tal mujer.» La cual decía que la traía el ángel San Gabriel. Y tomándole gota coral, decía que no podía sufrir el resplandor del ángel que le venía a hablar, y decíale Aja: «Mucho te quiere Dios, Mahoma.»

Notad cómo por grande que sea la santidad de alguno, aquí no le *necesita* (4) a sus operaciones; como en el cielo, que *necesita*, aunque *no fuerza*, porque de su voluntad obran. Como el Padre, que conociéndose, *necesariamente* engendra en la mente eterna al Hijo, mas no *forzadamente*, pues obra por voluntad. Y aunque no está en mano de los bienaventurados dejar de amar a Dios—que si lo estuviera, no lo fueran—, mas porque el acto es conforme a su naturaleza e inclinación, no es por fuerza. Mas acá no hay necesidad, porque puede uno ser malo. *Saltem si non est confirmatus*. Al menos, no estando confirmado. Pero la menor gracia de todas dicen los teólogos que es bastante, si uno quiere usar de ella, contra todo el infierno; y si la pierde, es por su culpa.

También se puede entender: *Non potest peccare*, cuanto es de parte de ser hijos de Dios y de la gracia, que sea *formal* la locución; porque las obras del pecado no nacen de la gracia, a las cuales no instiga, antes resiste. Y por eso el pecar no es obra de hijo, ni de hombre que tiene gracia. Y así, cuando peca, usa solamente de su nacimiento de carne, no teniendo respeto ninguno al que de Dios viene. Y celebra el día de su propio nacimiento, que es de hombre pecador, con naturaleza dispuesta e inclinada y necesitada a ello de sí propia.

V. 10.

In hoc manifesti sunt filii Dei et filii diaboli. Omnis qui non facit justitiam, non est ex Deo. et qui non diligit fratrem suum. En esto se manifiestan los hijos de Dios y los del diablo. Porque quien no obra justicia no es de Dios; como quien no ama al prójimo. Prosigue lo que comenzó atrás del amor del prójimo, como

(4) *Le necesita*: le pone necesidad, le quita la libertad en sus operaciones.

persona enseñada del celestial Maestro, el cual dijo (*Jn.*, 15, 12): *Hoc est mandatum meum, ut diligatis invicem*. Este es mi principal mandamiento, que os améis los unos a los otros.

Esta es el Arca de Noé, que por la parte baja era muy ancha y capaz, y por la parte superior de no más de *un codo* (*Gen.*, 6, 16). Que el amor, ancho ha de ser, cuanto a la capacidad, que quepan todos en él. Y esta anchura ha de coger debajo de un amor estrecho y muy unido, que a todos se tenga, por la única razón que es Dios. Muchos codos ha de tener en lo de abajo, porque muchos han de ser los comprendidos en él; angosto en lo alto y de *un codo*; que para todos no ha de haber más de un amor, y éste ha de ser por Dios. *Omnis consummationis vidi finem; latum mandatum tuum nimis*. Toda cosa perfecta y que al parecer es acabada—dice David (*Ps.*, 118, 96)—tiene fin, y yo se lo he visto; mas este tu mandamiento no lo tiene; es muy ancho. Más ancho es el amor que el cielo, porque aquél a solos los buenos se extiende, y el de acá, a buenos y malos, a fieles y a infieles. Pues de este mandamiento del amor va tratando San Juan. *Aquí—dice—manifiestos son los hijos de Dios y del diablo*. Señales hay por donde se conozcan; porque así como no hacer justicia y cometer pecado es señal de hijos del diablo, también lo es no amar a su hermano. *Et qui non diligit fratrem suum*. De manera, que *hacer iniquidad y pecado y no amar a su hermano*, todo es uno; porque así lo uno como lo otro, constituye hijos del diablo. Recia palabra es ésta para este tiempo; recia, mas verdadera.

¿Y quién es mi hermano? Todos los cristianos se llaman hermanos, según aquello de Jesucristo (*Mt.*, 23, 9): *Patrem noli vocare super terram: Un padre tenéis celestial; y todos vosotros sois hermanos*. Y San Pablo: *Si quis frater inter vos nominatur*. Si alguno entre vosotros es llamado hermano, el cual anda de esta o de aquella manera. Muy frecuente era este nombre en el principio a los cristianos, y es propio nombre de ellos.

No solamente hemos de entender debajo de aquel nombre, cuanto a la fuerza y extensión del amor, los que naturalmente son cristianos, mas todos los que lo pueden ser y ponerse en estado de gracia. Y como en esta vida no haya ninguno a quien se le niegue esta potencia, tampoco ha de haber ninguno a quien se le

niegue, o no se extienda, el nombre de hermano para amarle. Aunque más propiamente, son hermanos solos los que están en gracia; porque los otros, no lo son tan propiamente ni tan legítimamente; los cuales parecen ser hijos bastardos; mas no por eso, como dijimos, se han de excluir de hermanos, cuanto al amor que les debemos tener, como probó el Redentor hablando del Samaritano que hizo bien al judío herido en el camino de Jerusalén a Jericó; el cual, no obstante que era infiel y no judío, dijo ser prójimo y hermano. Solamente los demonios y las ánimas condenadas, no son prójimos; todos los demás, sí.

El que no ama a su hermano, no es de Dios. Es menester tenerle amor, y [no] basta haberse indiferentemente con él: ni amarle ni aborrecerle. No particularmente, porque eso ni aun de las personas que conoce no sería posible poder tener particular amor. cuanto más de las que no conoce por ser la capacidad del hombre pequeña; mas basta amarles a todos en general. ¿Qué es amarles? Desearles bien a su alma, que sean buenos y se salven; y a su cuerpo, que sean librados de los males de él, según que los bienes se enderecen al bien del alma. Y de aquí es, que no va siempre contra el bien del prójimo desearle algún daño temporal en el cuerpo o vida; porque si aquel daño cumple a su salvación, como puede acontecer, conforme a caridad se puede holgar de él y aun pedirlo a Dios. Conforme a lo cual, Santa Bárbara pedía a Dios que llevase a su marido, si su vida había de ser para ofenderle. Y lo mismo puede hacer una madre con su hijo; si ha de ser malo, rogar a Dios que lo lleve.

De manera que amor es desear a todos bien, no excluyendo a ninguno; que si sacáis alguno, de cuyo bien vos no os holgáis. porque no querriáis que le viniese, no es tal el amor que Dios os manda tener. Y más, lo habéis de tener en la obra, demás del amor del corazón, para que todas las veces que vuestro prójimo os hubiere menester, lo socorráis. Y esta determinación es menester que tengáis en vuestro ánimo, y que salga en obra las veces que se ofreciere caso para ello; porque el que esto no tiene, no es amator verdadero de los prójimos. Pues así como todos estáis aquí con voluntad de morir antes que negar la fe de Jesucristo, a lo cual la misma fe compele e inclina, así el amor que al prójimo se debe tener, no se contenta con holgarse del bien de él y pesarle del mal;

mas incluye en sí de necesidad, si es el amor que debe, esta determinación de socorrerle en aquello que os hubiere menester, aun con detrimento de vuestra vida. si cumple para la salud de su alma, como se dirá abajo. Y quien este amor no tiene, *no es de Dios*.

V. 11.

Quoniam haec est annuntiatio, quam audistis ab initio.—Acordaos bien, hijos, porque esta palabra y esta predicación del amor del prójimo, es la que mucho ha se os encargó al principio, cuando recibisteis la fe. Y así se hacía en tiempo de los Apóstoles, que a los recién bautizados y recibidos a la fe, instruían mucho en este mandamiento del amor.

Dirá alguno: ¿Cómo se hace tanta fuerza en este mandamiento, siendo el del amor de Dios mayor, como enseñó al escriba el Redentor (*Mt.*, 22, 38), el cual dijo que *el mandamiento mayor* era amar a Dios *de todo corazón y de toda la mente*, y *el segundo* era amar al prójimo? Aunque el del amor de Dios sea mayor, no falta causa para encargar y encomendar tanto el del prójimo, por la mayor dificultad que tiene de ser cumplido. Que en amar a Dios no parece hacerle fuerza ninguna al corazón, porque se va naturalmente a él como a su corriente, por las grandes razones que se muestran en Dios de bondad y de ser deseado. Lo cual todo convida al corazón humano y tira por él a que lo ame: tanto, que es grandísima vergüenza de los hombres ver que haya mandamiento, y debajo de pena o de galardón, para amar a Dios. En esto se muestra grandísimamente la miseria humana. Esta fuerza a ser amado no la hay en el prójimo: no es razón tan violenta la del amor al prójimo, en el cual hay tantas cosas malas y pesadas y recias de sufrir. Y así parece correr de nuestro corazón el amor al prójimo hacia arriba y muy forzado. Por lo cual fué menester encomendarlo tanto, y animar y esforzar mucho a él, como a cosa dificultosísima, y así lo es. Porque no es pequeño don de Dios el amor del prójimo. Mas Dios de Sí mismo se está amado. Que no era menester decir, sino «Dios hay», para que nunca las criaturas racionales le dejasen de amar; porque todo cuanto en Él hay es amable, y ninguna cosa hay en su divino Ser que no lo sea. *¿Qué hallaron vuestros padres en Mí por que*

se apartaron de Mí, y se fueron tras la vanidad, y se hicieron vanos? (Jer., 2, 5). Porque cada uno tal se hace, cual es la cosa que ama, en la cual se transforma y toma sus propias condiciones. Lo cual no hace el entender; que puede uno entender mal, y no por eso ser malo, antes bueno; mas no amar mal, y dejar de ser malo.

Y esto es aquello común de los teólogos «que el entendimiento no saca al hombre de sí, pero sí el amor». ¿Queréislo ver por ejemplo palpable? Si una mujer se casase con un rey, aunque ella fuese baja, cobra valor; y si con un menor que ella, rebájase; porque a la medida del varón, es rebajada o ensalzada. Decidme: según el mundo, ¿no sería necia la mujer que dejase un rey por casarse con un oficial? Así es, que crió Dios una potencia—esta es la voluntad—, que según a lo que se llega por amor, se ensalza y perfecciona, o baja, según con quien se casa. Porque cuando una cosa sale de sí, deja su propia condición, y toma la de la cosa amada, en la cual se transforma. Y así, amando al mundo, condición y costumbres tiene del mundo; y si ama a Dios, con Dios está, y propiedad es de Dios. Si ama a hombres, hácese hombre, y si a ángel, ángel es su condición: en tanto, que de amar a Dios, diga San Agustín que se hace Dios, no por naturaleza, mas por condición y por propiedad, porque se transforma en Él y toma sus condiciones, su misericordia, su paciencia y su humildad, su castidad, su amor, y, finalmente, su bondad. Y esto es hacer[se] Dios por participación; dignidad mayor que serafín por naturaleza, sin ella; que llega hasta hacer a un hombre que se llame con verdad hijo de Dios, que es el mayor título que puede haber sobre la tierra y el cielo. Mas si se junta con otra cosa más baja que Dios, ha perdido mucho de sus quilates, aunque sea ángel, al cual ame *super omnia*, puesto que el ángel es más alto en naturaleza. Porque lo que le hinche su capacidad, y le da la honra y perfección para que fué criada, no es criatura, sino Dios, el cual sólo es su último fin, y en el cual sólo puede tener hartura. Y así como una mujer, fuera de su marido, está estragada y fuera de su perfección, así el alma y voluntad humana, con cualquiera cosa que no sea Dios, está estragada y fuera de su perfección, derribada de su dignidad y honra, y no casada con ella, sino amancebada. Por Oseas (9, 10) dice Dios: *Facti sunt abomina-*

biles, sicut ea quae dilexerunt. Hiciéronse abominables, como las cosas que amaron. Y esto es lo que dijo Dios por Jeremias: *¿Qué hallaron vuestros padres en Mi, que se fueron tras la vanidad y quedaron vanos?* Porque tal es el amante, cual es lo que ama.

Todo es dicho para aquel mandamiento de Dios. No tiene más dificultad, considerando la cosa que es mandada en sí; pues Dios todo es amable, todo lo que en Él hay convida al humano corazón a amarle. Tal hermosura, tal hartura, tal saber, tal honra y bondad tiene, cual el corazón humano ha menester y puede desear. Y por tanto, no había necesidad de encargar el amor de Dios por esta parte, aunque por la nuestra lo fué, por la miseria y flaqueza en que nos paró el pecado. Mas el amor del prójimo, contra el cual tantos impedimentos hay de parte de la cosa que se ha de amar, es menester encargarlo mucho; es menester grande ayuda y fuerza. Y por eso el amor del prójimo cual Dios manda, declara el amor de Dios tal cual Él manda que lo tengamos para ser sus amigos. Porque ningún otro amor que a Dios se tenga, si no es aquel que llega hasta los prójimos, le agrada a Él. Porque el amor que a Él le agrada y nos hace sus amigos, es fuerte y grande. Pues no lo es el que no se extiende a amar lo difícil, cual es el prójimo. Porque flaco y pequeño es el fuego que no arde, sino en leña seca; mas el que es fuerte, en la verde arde también. Tal es el amor que llega hasta el prójimo. Porque, cierto, amarle, es la cosa más dificultosa de cuantas hay; mas ¿quién resistirá todas las demás tentaciones? Porque amar un hombre malo, que me hace mal, procurándole yo bien, y por tantas vías y maldades lo procura, es dificultosísima cosa de parte de la persona que se ha de amar. En la cual no hay nada, o poco, que mueva la voluntad a ello, y mucho que la retraiga. No sin causa dijo Jesucristo a San Pedro (*Jn.*, 21, 17): *Pedro, ¿ámasme?* —*Sí, Señor.* —*Pues apacienta mis ovejas.* En esto experimentaré si me quieres bien, que aunque estén roñosas, y se hagan zorras, y víboras que te hayan de morder, mira por ellas, y cuida de ellas, desvelándote en ellas. Esta es la prueba del amor de Dios. que es tal, cual Dios quiere que le tengamos, y a Él se debe, si está con el amor de nuestros prójimos donde tanta dificultad hay. Porque amar así a Dios en Sí y quererlo bien, ¿qué dificultad es? ¿Qué tanto amor es menester para esto? Por cierto, poco; y tan

poco, que casi no habrá persona, por mala que sea, que no se lo tenga. ¿Queréislo ver? ¿Qué mala mujer o qué mal hombre habrá que si le dijese: «Jesucristo está en vuestra puerta», no dejaría de comer y se lo daría todo? Sí, por cierto; porque el mismo Dios convida a que en sí mismo huelguen de hacer y de quererle bien. Mas muchos hay que, aunque vean al pobre padecer grandes necesidades, no se mueven a socorrerle. Muchos que hacen capillas, y dan ornamentos a la Iglesia, no les arredra dejar morir los pobres de hambre. Porque la dificultad está en el amor del prójimo, sabed que cuando éste tuvieseis, llegado habéis al amor de Dios, por el cual le agradáis y sois su amigo; y faltando éste, no lo tenéis. Si decís que hacéis y aconteceréis por Dios, mirad que unos hijos pobres tiene Dios, donde se pruebe si es verdadero amor aquel que os mueve hacer esos ofrecimientos a Dios. No digáis al pobre: «Remédiele otro»; pues sería señal que el amor que os parece teníais de Dios, no es tal cual Él quiere; porque ha de ser *fuerte como la muerte*.

V. 12.

Non sicut Cain, qui ex maligno erat et occidit fratrem suum. No como Caín, de espíritu perverso, que mató a su hermano.—Pues ved aquí la *anunciación y predicación* que al principio os encomendamos y declaramos, ha dicho San Juan, que nos amemos unos a otros. *Non sicut Cain.* No como Caín; el cual representaba al pueblo de los malos e infieles, que era nacido del maligno, que es el diablo, que mató a su hermano. *Et propter quod occidit eum?* Y ¿por qué le mató? *Quoniam opera ejus maligna erant, fratris autem ejus justa.* Porque sus obras eran malas, y las de su hermano buenas. Pecado de envidia, ¡Dios nos guarde! Por el pecado de envidia, entró el pecado de homicidio en el mundo. Ofreció Caín de sus espigas, que era labrador, y debió ser poco y ruin, como desconfiado de Dios, que le había de faltar; Abel, de sus ganados, que era pastor, de lo mejor y *primogénito* y en mucha abundancia, según dice San Pablo (Hebr. 11, 4): *Plurimam hostiam obtulit Abel.* Dió testimonio Caín que amaba poco a Dios, y por eso no aceptó Dios su sacrificio. *No miró a él ni a su ofrenda:* no vino fuego sobre el suyo, como vino sobre el de Abel.